

NADIE EN CASA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 69

NADIE EN CASA

por

Alonso Marín Ramírez



Juntos transformemos
Yucatán
GOBIERNO DEL ESTADO

SEDECULTA
SECRETARÍA DE LA CULTURA
Y LAS ARTES

*F*ICTICIA

MÉXICO
2022

GOBIERNO DEL ESTADO DE YUCATÁN

MAURICIO VILA DOSAL
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL

SECRETARÍA DE LA CULTURA Y LAS ARTES DE YUCATÁN

LORETO NOEMÍ VILLANUEVA TRUJILLO
SECRETARIA DE LA CULTURA Y LAS ARTES

ANA ISABEL CEBALLOS NOVELO
DIRECTORA DE DESARROLLO ARTÍSTICO Y GESTIÓN CULTURAL

ROSELY ELIZABETH QUIJANO LEÓN
JEFA DEL DEPARTAMENTO DE FOMENTO LITERARIO Y PROMOCIÓN EDITORIAL

FICTICIA EDITORIAL
Editor: Marcial Fernández
Diseño del libro: Rodrigo Toledo Crow
Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón, c. p. 01060,
Ciudad de México.
www.ficticia.com ficticiaeditorial@ficticia.com

NADIE EN CASA
1A. EDICIÓN, 2022
D. R. © ALONSO MARÍN RAMÍREZ
D. R. © SECRETARÍA DE LA CULTURA Y LAS ARTES DE YUCATÁN
D. R. © FICTICIA S. DE R. L. DE C. V.

DOMICILIO DE LA SEDECULTA: Calle 18 No. 204 x 23 y 25,
Col. García Ginerés, C.P. 97070, Mérida, Yucatán.

ESTE LIBRO NO PUEDE SER REPRODUCIDO PARCIAL O TOTALMENTE SIN
LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT.

ISBN DE SEDECULTA: 978-607-8515-38-7
ISBN DE FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-138-1

HECHO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

CONTENIDO

NADIE EN CASA.....	9
YA NO HAY CONVERSACIÓN.....	13
CUÁNTO TIEMPO NOS DURÓ.....	19
NO CREO QUE LE MOLESTE LA LLUVIA.....	27
EL PRÍNCIPE DEL SILENCIO.....	33
LO VAMOS A ENCONTRAR.....	49
LOS MUERTOS JAMÁS TIENEN HAMBRE.....	57
UN LUGAR LLAMADO RIVERSIDE.....	65
EL AUTO QUE COMPRÉ DOSTOIEVSKI.....	75
AUNQUE PAREZCA DEMASIADO TARDE.....	87
NO PUEDO ENTENDER.....	93
¿QUIÉN ES JOHN DOE?.....	97
LA BALADA DEL INFANTE MARICA.....	109

NADIE EN CASA

Para Carlos Martín Briceño

*De modo, mi querido niño,
que todo va bien. ¿No es cierto?*

Rudyard Kipling, *El principio de los armadillos*

Nunca me gustó pasar el verano con mi tía en Estados Unidos. Aquello no era parecido al lugar que la televisión hacía creer: ciudades gigantescas de altos edificios, calles repletas de luces, taxis y mujeres güeras y hermosas.

La hermana de mi madre vivía a dos horas de Chicago, en un pueblo de unos cinco mil habitantes. Yo me aburría. Ella se la pasaba en el trabajo y mi único primo buscaba pretextos para no hacer nada juntos.

Cada verano le decía a mi madre que me dejara ir al Harmon Hall en Anzures, cerca de nuestra casa. Jamás lo gré convencerla.

—No hay nada mejor que escuchar el inglés de los mismos gringos —respondía.

Nunca iba a aprender más que unas cuantas palabras y muchas obscenidades. Había más hispanos que americanos. Optaba por quedarme en casa, leer mis libros en español o entretenerme con los programas de concursos en el canal latino.

En ocasiones, mi tía le ordenaba a su hijo que me llevara a dar la vuelta por la calle principal, comer un helado y escuchar, o más bien, descifrar las conversaciones en *espanglish* con sus amigos. Nunca los culpé, no me importaba si no querían llevarse conmigo. Yo era más chico que ellos. De quince o 16 años, hablaban de sexo y porno, y me aislaban. Según ellos, yo era pequeño para escuchar esas pláticas.

En una de esas vacaciones, casi al final del verano, conocí a Darrin. Una tarde fui con mi primo y otros dos gringos a casa de uno de ellos. Me aburría como siempre. Después de un rato, decidieron ir a otro lugar. Ya se habían resignado a que los acompañara cuando, al salir a la calle, vieron a Darrin con su patineta.

—Mejor quédate con él —dijo mi primo—. Nosotros vamos a ir a la *shop*. Cualquier cosa, regresas a la casa.

En mi vida había visto a Darrin. Era flaco, de cabello rizado y brazos largos. Le calculé nueve años, igual que yo. Lo noté un poco extraño, ansioso e hiperactivo; aún así, me quedé con él. Su español era aceptable porque, como la mayoría de la gente de ahí, era mitad latino. Me ofreció su patineta, le expliqué no sabía usarla y empezó a mostrarme trucos. No le salían bien.

Después de andar un rato por las calles, el cielo se cubrió de nubes grises y el viento frío nos sopló en la cara.

—Vayamos a tu casa —le sugerí.

De inmediato se negó.

—Vamos a la de mi tía —su negativa fue más rotunda.

—¿Entonces? Tenemos que ir a algún lado. No tarda en llover.

—Es que... bueno, vamos a la mía.

Caminamos hasta la carretera alrededor del pueblo, subimos una pequeña colina. Todas las casas eran idénticas y viejas. La suya, de dos pisos, parecía a punto de caerse. Darrin,

nervioso, me invitó a pasar. Después de dudar, lo seguí. Adentro el aire era espeso y hediondo. La casa estaba desarreglada, las paredes roídas, los muebles apolillados. Al subir las escaleras, escuché unas voces, unos gemidos. Frente a mí, Darrin se quedó paralizado. No supe adivinar si su rostro era de sorpresa o miedo. Cuando intenté seguir subiendo, me impidió el paso.

—¿Hay alguien? —pregunté.

Los ruidos parecían venir del segundo piso.

—No, no hay nadie. Vamos afuera, tengo un *tombling*.

Nos dirigimos al traspatio, cercado por una malla ciclónica vieja. El lugar estaba repleto de basura y excremento de perro. Había muchos protectores de ventanas y otros restos de metal oxidado tirados. Al fondo, un *tombling* destartado. Darrin se puso a dar saltos con las manos hacia el cielo y los ojos cerrados.

—Súbete, a ver quién brinca más alto.

Me puse a dar piruetas con él. Darrin dio unas maromas que yo no podía ni quise imitar. De vez en vez escuchaba los ruidos que venían de la casa. Darrin parecía ignorarlos.

Después de un rato, nos bajamos y comenzó a dominar un balón de fútbol. El viento era más frío y las nubes amenazaban con vaciarse. Yo sólo quería entrar a la casa. No me atreví a decírselo cuando escuché de nuevo las voces. Los ruidos y gemidos eran ahora claramente audibles desde el interior. Darrin no se callaba, dominaba la pelota mientras decía que el inglés era más fácil que el español, o que el entrenador de su escuela lo nombró capitán del equipo de fútbol.

—Bueno, sólo porque los gringos no saben, son bien malos en *soccer*.

Nuestra plática fue interrumpida por unos gritos que venían desde el segundo piso de la casa. No hubo manera de ignorarlos.

—¡*Get the fuck off*, pendejo! ¡No sé para qué vienes si no vas a pagar completo!

—¡*You, fucking* puta! ¡Te quiero ver dentro de unos días rogándome que te coja por menos dinero!

Darrin se quedó quieto, con el balón entre las manos. Un rojo intenso coloreó su cuello, rostro y orejas. No supe qué decirle, o si era mejor callar o subirme al *tombing*. Los gritos se hicieron más fuertes, escuchamos vidrios quebrarse. Le pedí me lanzara la pelota. Comencé a patearla, a mostrarle que no era bueno con las dominadas. El balón siempre se me iba alto, muy alto, tan alto que en una de esas lo mandé fuera del traspatio. Vimos la pelota sobrepasar el alambrado, alejarse con rapidez y bajar por la colina detrás de la casa.

Darrin y yo nos miramos. Enseguida entendió mi torpeza cómplice, sus ojos se abrieron como platos y arrancó a correr. Lo seguí a través de un hueco de la reja. Nos apresuramos a bajar la colina hacia la carretera. Debíamos alcanzar la pelota antes de que la reventaran los autos.

YA NO HAY CONVERSACIÓN

*Puedes decir lo que quieras,
pero no harás más que daño sacando a relucir
lo que sería mejor olvidar.*

Truman Capote, *El arpa de hierba*

Estoy en el jardín. Le quito a Yoyo las garrapatas de las orejas. Se hacen gordas de tanto chuparle la sangre. Hace frío. La tarde quiere convertirse en noche y el viento me revuelve los cabellos. Mamá me grita desde adentro de la casa. La veo asomarse por la ventana de la cocina.

—¡La cena está lista! ¡Ve por tu padre!

Oigo crujir el cuerpo de la garrapata, siento la textura viscosa de su sangre entre mis dedos. Mamá sabe cuánto odio ir por mi padre. Lo que eso significa. Ella lo odia más. Le doy unas palmadas a Yoyo. Me limpio en su pelo la sangre antes que se coagule.

Brinco la cerca. Apuro el paso para entrar en calor. En medio del campo el viento es fuerte y frío. Me congela las manos pese a tenerlas metidas en los bolsillos de la chamarra. Podría ir en mi bicicleta, manejar por el camino de los autos hasta divisarlo, pero eso complicaría la vuelta. Mi padre no va a poder mantener el equilibrio en los diablos.

Me gusta el color del campo segado en la tarde, cuando los últimos rayos del sol lo vuelven más amarillo. Las pacas de heno parecen naves llegadas de otro mundo; en

cualquier momento levantan el vuelo y desaparecen. Agosto la vista y el oído. No hay rastro de mi padre. Aquí y allá los encinos desperdigados comienzan a murmurar. Cierro los ojos para escucharlos: es el viento acompasado que va y vuelve como una conversación, cuando una ráfaga agita el ramaje de un árbol y después el de otro, que le contesta a metros de distancia. Es un sonido tranquilizador. Mi madre me enseñó a identificarlo.

—Óyelos. Platican —ahora sospecho que lo dijo para olvidar que íbamos por mi padre.

No siempre lo quiso olvidar ni tuvimos que ir por él. A partir del entierro de Carlitos, papá empezó a beber y a quedarse borracho, cada vez más seguido, a la sombra de algún árbol tras concluir su jornada en el campo. Desde que nació mi hermanito fue un peregrinar por los hospitales. Papá pedía adelantos de su sueldo, mi madre prestado a quien conociera. Pronto se acabó el dinero que iban a ganar en los próximos meses. Los doctores no descubrían su enfermedad. Lo llevaron a la capital y les tomó meses saber su diagnóstico. Se lo resumieron a mis padres: no se curaría y serían necesarios muchos tratamientos para mantenerlo con vida. Sólo con eso, porque mi hermano era como un animalito: a los tres años no hablaba y le pusimos un casco por tanto golpearse la cabeza.

Mamá cree que no, pero todo fue inútil. Tu hermano es uno en tres millones, solía decir. Yo prefiero ser uno del montón a tener la inteligencia de un mono. Suena mal, pero Carlitos no entendió lo que sufrían mis padres. Por eso siempre deseé que se muriera. Los vi tristes y cansados, soporté las frustraciones de mi padre cuando eran insuficientes sus malabares con el dinero. Cuando no lo podían llevar puntual al médico, empezaba a boquear y a ponerse morado. La misma historia: las carreras de mamá en busca

de dinero, mi padre a conseguir un auto para llevarlo a la ciudad a que le salvaran la vida.

Una noche mi papá se lo llevó al hospital. Intuí que era la última vez. Carlitos llevaba una semana sin su tratamiento y su respiración era irregular. Mis padres discutieron y papá hizo lo de siempre. En esta ocasión no llegaron con el médico. Regresó con mi hermano muerto. Mamá empezó a golpear a mi padre, a arañarle la cara; cayó a sus pies, le abrazó las piernas. Tuvimos un sentimiento extraño, entre alivio y desconsuelo. Empecé a llorar como desesperado. Quiero convencerme que mis lágrimas eran de tristeza. A la mañana siguiente mis padres apuraron el entierro, evitando que alguien viera a mi hermanito. Lo llevamos al cementerio, donde la fosa y el ataúd ya estaban dispuestos.

Ahora que camino entre los surcos del campo arado, me pregunto si en verdad fue mejor que se muriera. La muerte tiene algo de extraño cuando se desea; si llega, es con culpa y remordimiento. Mis padres se llevaron la peor parte. Han pasado cuatro años. Ahora se hablan menos; cuando lo hacen, es a gritos y para echarse cosas en cara. Cada quien busca su refugio. Papá en el campo, en donde se pasa la vida sobre el tractor hasta que dos a tres veces por semana tengo que ir a buscarlo porque se quedó borracho. Mamá se esconde en la iglesia, en donde no pierde oportunidad de ir con los evangelistas que llegan a apoyar al sacerdote. Me obliga a ir con ella. Una vez llegó un hermano guatemalteco capaz de curar con sus prédicas. Las mujeres hicieron una fila en medio del salón. El hermano —con traje y corbata, su cabello embadurnado con brillantina plateada— recitaba en un micrófono palabras en español e inglés. Me quedé de pie con la espalda en la pared, sin respirar apenas. El tipo encendió un aparato de música, cantó sus oraciones con un fervor desenfrenado. Caminó a un lado de

la fila, golpeándoles la frente con su palma a las mujeres. Aquello se volvió un conjunto de locas: corrían con los brazos al aire y los ojos en blanco; otras, en el piso, convulsionaban. El hermano iba con algunas a gritarles oraciones para sacar demonios en el nombre del Señor. Busqué a mi madre. La observé en el suelo, jalándose los cabellos. El sujeto fue con ella, le puso la palma en la cabeza, susurró algo en su oído. Por respuesta, mi madre se llevó las manos al cuello y comenzó a estrangularse. Se apretó hasta que su rostro quedó rojo, sus labios morados, los ojos saltones. Tuve miedo. Quise ayudarla, pero alguien me detuvo. Cuando acabó la ceremonia, fuimos a casa. Los pantalones se me pegaban a las piernas porque los había mojado. No ha vuelto a pasar algo así, pero entre las reuniones evangélicas con mi madre o el aliento alcohólico de papá, no sé qué prefiero. Me hacen preguntarme cómo hubieran sido las cosas si mi hermano hubiera nacido sano.

Es tiempo de siega. A lo lejos, unos hombres recogen sus hachas y azadones. Los últimos restos de la tarde se desangran sobre los cerros. Unas vacas exhiben sus costillas tras las cercas de una granja. Grito el nombre de mi padre con pocas esperanzas de obtener respuesta. Me preocupo. No está junto a los árboles en los que habitualmente se encuentra. Llega la noche. Si no doy pronto con él, tendré que regresar a casa, explicarle a mi madre y traer una linterna.

Camino más allá de los terrenos en los que trabaja. Esta zona no me es familiar. Escucho el mismo rumor de los grandes encinos que levantan sus siluetas contra la noche. Lo encuentro recostado junto a un árbol de grandes ramas. Corro hacia él. Me hincó a su lado. Observo el compás de su pecho que sube y baja. Siento el tufo combinado de alcohol, sudor y tierra. Admiro sus manos: sus dedos

«NADIE EN CASA»
DE ALONSO MARÍN RAMÍREZ
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DE 2022
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V.
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.